

ALBERTO ETCHEPARE

DON QUIJOTE FUSILADO

(NOTAS DE LA GUERRA DE ESPAÑA)



PROLOGO DEL Dr. EMILIO FRUGONI



UNA NOTA LITERARIA DE V. BASSO MAGLIO



C. 133.221

EDICIONES AIAPE

Montevideo, 1940

DP 3699.79

LA VIDA Y LA MUERTE EJEMPLARES DE LINA ODENA

Veinte años palpitantes y frescos. Una frente amplia, despejada, llena de claridades. Ojos grandes, de mirar frío, acerado. Mentón saliente, de mujer voluntariosa. Una boquita breve debajo de una nariz también breve y respingada. Así la vimos a Lina Odena en Barcelona, a fines de agosto de 1936. Era una militante revolucionaria que había unido su nombre a muchas gestas audaces del proletariado español, anteriores a la definitiva del 19 de julio.

Un impulso irrefrenable la había llevado desde pequeña a mezclarse en las luchas sociales de su país. Trabajaba en una fábrica de tejidos, entre centenares de muchachitas como ella, obligadas por la pobreza de sus hogares a lanzarse a la lucha por el pan al igual que los hombres. Tenía catorce años cuando abandonó la escuela y se enfrentó con la vida cara a cara. El cambio de ambiente la desconcertó, transformó sus ideas por completo, derrumbó de golpe todos sus sueños de adolescente.

Lina supo entonces cosas terribles, que no hubiera sospechado nunca si hubiera crecido en el ambiente dorado de las niñas "bien". De la diáfana atmósfera del colegio, pasó a respirar todos los malos alientos del taller insalubre, sucio, helado. Sufrió en su fina sensibilidad de mujer el choque tremendo con la realidad. Padeció el cansancio de las largas jornadas agotadoras y miserablemente retribuidas. Llegó hasta ella la insinuación babosa de los patrones y de los gerentes...

Comparó entonces su existencia de lágrimas y privaciones con la existencia que le habían prometido los tales creadores, las buenas maestritas, aquel grave profesor que les hablara un día del amor y la dicha. Pero al acercarse a las niñas buenas, recordó sus ensueños de amor con el príncipe azul de los quince años, la casita blanca, los hijos... ¿Así que todo eso era mentira? ¿Era todo una falsedad? ¿Era el amor y la dicha, y la paz y el bienestar no serían siempre más que uno de los tantos sueños inalcanzables de alcanzar? ¿No era ella una muchacha con iguales derechos a la vida que las demás mujeres españolas?

Cuando observó que no era la única, que tenía compañeras y millares de hermanas que, como ella, sufrían en la terrible de la soledad. Cuando sintió la injusticia del contraste brutal entre la miseria de la clase y el desparpajo, los lujos inútiles, los privilegios de un núcleo social numéricamente pequeño, cualitativamente inferior, moralmente en decadencia, Lina Odena se hizo revolucionaria. Ella misma nos fue narrando el proceso de su rebelión, la historia de sus luchas, sus afanes por una efectiva emancipación económica. Hablaba con una voz clara, suave y tibia, de simpatísimo ceceo. Era el primer hablar de ríñeca. Exactamente era esa la impresión que nos producía aquella niña menuda. La de una ríñeca a quien vistieron de miliciana en un instante de buen humor. Conversaba sin poderse estar quieta. Viéndola tan agitada, con aquel dinamismo increíble dentro de un físico de volumen insignificante, reflexamos nosotros y sus compañeros. Ella, sin haber caso, se ubicaba frente a un gran mapa de la guerra y seguía la línea de las operaciones con sus

deditos rosados. Luego hablaba como un general en jefe:

—¡Oye, tú, Manolo! Los nuestros deben lanzarse al ataque por aquí y así pillar este pueblo que está más desguarnecido.

—Es que aún no tenemos armas suficientes, Lina.

—¡Qué te crees tú eso! Ayer nos hemos apoderado de más de cien mosquetones y de una anti-trinchera.

—¿La sabes tú manejar?

—Ya sí... ¿y tú, Juan?

—Lo mismo que vosotros.

—Perded cuidado, que ya la haremos servir.

Fue a la época heroica de las milicias. Cuando todo se decidió a la improvisación del momento, a la audacia y decisión popular, a la abnegación de los mejores militantes de la clase trabajadora de España. De este modo se fué contentiendo al fascismo. Con valor y con entusiasmo, con fe en el porvenir y con amor a los libertales ciudadanos.

En esos días Lina Odena había sido electa como dirigente de las Juventudes Unificadas de España. Era importante pues, la habían llevado sus compañeras, apreciando sus cualidades extraordinarias de organizadora, su capacidad de trabajo y su sencillez. Lina estaba preparando el Congreso de la ciudad, en la provincia de Almería, cuando estalló la revolución militar. Y fué ella, tan pequeña y tan valiente, que se lanzó a la lucha popular en la ciudad de Almería. Venció el motín en Almería, se incorporó al ejército y se organizó el diputado Adolfo Roldán. Pero antes le tocó cruzar una serie de importantes misiones, unas en el frente de Navarra, otras en el frente de Aragón, más tarde a bordo del crucero "Libertad".

NOTAS DE LA GUERRA DON QUIJOTE FUSILADO

Estuvo en Madrid con el fin de obtener armas. Conseguió municiones y cierta cantidad de material de guerra. Marchó entonces a Guadix para dirigir una operación en Iznalloz. Iba en un auto pequeño, conducido por ella misma, y la acompañaban tres o cuatro escoltas. Según las noticias que hasta nosotros llegaron, parece que se desvió en la ruta, se extravió en medio de la noche y se vió prontamente rodeada por los moros, que vieron en ella una presa estupenda. Los milicianos gastaron hasta la última cinta de su única ametralladora. Vaciarón totalmente los fusiles sobre los féroces cabileños. Recurieron enseguida a las pistolas. Todo fué inútil. Sobre el camino de tierra, con los camaradas muertos a sus pies, quedó Lina Odena, sola de toda soledad. Los moros querían capturarla viva. En la oscuridad brillaban los ojos de las fieras africanas que traía Franco para salvar a España.

Sola sobre el camino, la muchachita española hacía funcionar su pistola y cada lengüetazo de fuego del arma abatía uno de aquellos bárbaros. La melena deshecha, los ojos más fríos y más duros que nunca, la boca contraída con un gesto de asco y de odio. Así se defendió bravíamente la maravillosa niña de los veinte años palpitantes y frescos, de la frente llena de claridades. Como saben defenderse las mujeres de España de los ladrones de honras y de los invasores de la patria.

Y con la última bala que tenía en su cargador se mató Lina Odena, la miliciana heroica, la juvenil luchadora revolucionaria.

Más tarde, el local que ocuparon las Juventudes Unificadas, llevó su nombre. Su imagen presidió los grandes actos populares, su vida se señala como un ejemplo, su muerte fué una lección para los traidores

y para los cobardes. Lina Odena es toda ella un símbolo de la nueva conciencia femenina que está naciendo en el mundo, y de su sangre de heroína han hecho una bandera luminosa las juventudes españolas.